



## BIBLIOTECA



Fabulista Guido: Los decíbeles.

### Antes del rojo

"No puedo trabajar en silencio. Cuanto más ruido tengo a mi alrededor más fácilmente surgen mis personajes", declara Beatriz Guido, mientras juega con los dijes tintineantes de un collar sospechosamente egipcio. Esta pasión por el ruido como elemento de excitación intelectual la hizo levantar un riguroso inventario de todos los cafés bulliciosos de Buenos Aires, en cuyas mesas se zambulle a escribir los últimos tramos de su próxima novela *Rojo sobre rojo*: El Moderno, La Paz y, sobre todo, El Molino se han convertido en sus mejores apaderos por el número de decíbeles que logra el romoreo de sus parroquianos. Cuando no son los cafés, la autora de *Fina de fiesta* prefiere las filmaciones de Leopoldo Torre Nilsson, "donde siempre pasan cosas inesperadas".

En las mesas de El Molino o en las filmaciones, Beatriz Guido acumula carillas ras casillas de cuadernos de espirales, tratando de explicarse por qué los argentinos a los 18 años son anarquistas, socialistas o comunistas, y abandonan tales ideas al pasar el cabo de los cuarenta. Pero el meollo de todas las situaciones se localiza en la capacidad de pactar con sus adversarios demostrada por decenas de generaciones: "Lo que mi padre y sus contemporáneos llamaban el consenso y que ahora se denomina pacto o acuerdo".

El éxito de *El incendio* y las visitas (80 mil ejemplares en 10 ediciones) le produjo una suerte de impacto paralizante. "El primer año —confiesa, poniendo los ojos en blanco y agitando sus enormes pestanas— el halago del éxito es algo así como un estupefaciente. Pero cuando pasa y uno piensa que tiene que escribir de nuevo, se desencadena el terror." Para conjurar el mal se dice en voz alta, todas las

veces que puede, que el éxito de *El incendio* está determinado por circunstancias no literarias: una de ellas fue el frustrado regreso de Perón al país".

Cuando inició los primeros renglones de *Rojo sobre rojo* ya estaban imaginados algunos personajes que, vagamente, recordaban a Frondizi, Frigerio, y sobre todo a muchos dirigentes reformistas de la dudosa peronista pactando con el Caudillo para conseguir los votos de sus adherentes en las elecciones de 1958. "Mi novela —proclama Beatriz Guido con énfasis— no es antiperonista ni properonista; simplemente es un análisis de una situación histórica, y sobre todo el de un problema que me preocupa: la llamada deshonestidad de los honestos, el hecho de que en política, para conseguir ciertas cosas necesarias y útiles al bien común, hay que renunciar a muchas otras, o más simplemente, el angustioso juego del fin y los medios."

Durante un año, los personajes de la novela pugnaron por salir de las páginas escritas "con una caligrafía infernal", que sólo su amiga y secretaria Anatilde Otegui puede descifrar y dactilografiar luego. "Comprendí que además de la psicosis del éxito tenía otro enemigo —aciára, mientras revuelve un pochillo de café que no habrá de tomar—: el realismo estrecho contra el cual está luchando toda una generación de novelistas latinoamericanos desde Alejo Carpentier hasta Gabriel García Márquez".

Cuando en la imaginación de la escritora apareció una casa ubicada frente a la Biblioteca Nacional, comprendió que los elementos fantasmales venían en su auxilio. En esa casa un antiguo anarquista, un constructor inmigrante, se enriquece junto con el país. Sus hijos, asomados por ideales libertarios, aprenden en la Universidad el silebario de la Reforma y luchan por ella durante la década del peronismo. Desaparecido el régimen, el hijo mayor se transforma en la eminencia gris de un Presidente, renuncia a sus ideales de juventud y entra en la órbita de los grandes negocios. En sus viajes políticos-económicos lleva consigo a su hermano menor, que asiste azorado a las entrevistas con Perón, primero, y con el Che Guevara, después. Otro fantasma, un bibliotecario tan memorioso como Funes, aumenta la dosis de magia del relato: poseedor de 100 mil dólares inesperados, los dedica a perseguir por todo América al asesino de Trotsky.

"Cuando el primer borrador esté listo —susurra la fabulista— se lo entregaré a Andrés Vázquez y a Edgardo Cozarinsky, mis grandes amigos, a quienes siempre consulto. Luego de su veredicto comenzaré a corregir con paciencia, uno de mis gores mayores, comparable sólo al éxtasis amoroso." ♦

### El adiós a los monstruos

**James Hadley Chase: La caída de un canalla** — De pronto, cuando sus 63 años hacían pensar que Chase ya no soltaría de sus manos las divisas inmorales que le sirvieron para vivir, descubre en esta novela que la ternura, el amor filial y la serenidad burguesa son valores más estables que el dinero o el desenfreno del sexo. Un viraje así no parecía verosímil en este dilettante que abandonó a su editor Gallimard por la serie negra de Pion aduciendo que un solo dólar era preferible todos los gestos de agradecimiento, y que hace ya treinta años, en *El secuestro de la señorita Blanchard*, esgrimió la anorocha blasfema que el marqués de Sade había dejado vacante. Chase se ha descripto a sí mismo (versión 1986) como "un hombre rico y libre, que escribe sus novelas en seis fines de semana y puede vivir de incógnito en París sin entender una palabra de francés". Viaja. No guarda en sus cajones ninguna obra maestra desconocida y prefiere hablar de sí en tercera persona. Es feliz y escribe lo que le gusta.

La caída es, apenas, una deslumbradora galería de personajes: Ticky Edris, un enano que sirve de bufón en un restaurante de lujo, visto en la intimidad ridículas batas de colores eléctricos y maneja a 150 kilómetros por hora un Mini con los pedales alargados; Ira Marsh es la menor de una caterva de andrajoses y borrachos queandan con medio cuerpo desnudo por las calles del Bronx y se trenzan en combates a dentelladas; Phil Algir sobrevive apenas a la droga y al recuerdo de sus prisiones tempestuosas, imaginando una segunda vida cuyas leyes dictará él y donde su eterno papel de sometido será cambiado por el de verdugo. Son esos tres monstruos portentosos los que tramaron (o ejecutarán) un paciente burto de las esjas de seguridad menos vulnerables del mundo, las del Banco de Florida, a expensas de tres asesinatos y dos traiciones. Para que el plan sea perfecto, Edris intoxica con una dosis abusiva de heroína a Muriel Marsh Devon, hermana mayor de Ira; Algir descorraja cinco balazos en el corazón de Johnnie Williams, su amante, y estrangula a la hija de Muriel para que Ira pueda sustituirla.

Un segundo trío de personajes bestiales equilibra ese averso: es curioso que Chase (cuya antipatía por el Bien era su marca de fábrica) se haya deleitado en no deslizar ni una sola flaqueza sobre la figura inmarcesible de Mel Devon, vicepresidente del Banco; de su amiga Joy, pontífice del sentido común, y del juez Ansley, capaz de una serenidad que envidiarían los cartones ingleses. En ese ajedrez desigual, es lógico que pierdan las negras; pero lo inesperado es que Chase no les haya endilgado una muerte soberana, uno de esos rayos de Zeus que él solía conceder a sus antibórgos bienamados. La indiferencia con que los fulmina, en las últimas diez páginas, es la mejor señal de que su *San Jorge privado* aniquiló para siempre a los dragones que llevaba adentro (*Eneacé, 1968; 177 páginas, 260 pesos*). ♦

## Antes del rojo. [artículo]

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1968

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Antes del rojo. [artículo]

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile